

Las camisas de Bolívar

DESDE los mismos tristes días de diciembre de 1830, purpurados con el ocaso de San Pedro Alejandrino, la voz del pueblo, que es la voz de Dios, y la que ha forjado siempre las más bellas leyendas del mundo, sintetizó para la posteridad una de las mayores y excelsas virtudes de Bolívar, el desinterés, en una frase admirable: «Murió sin camisa».

¡Y cosa extraordinaria y elocuente! En esta vez la leyenda fué intérprete fiel de la verdad; la voz del pueblo no se equivocó, como casi nunca se equivoca al juzgar a los héroes y apóstoles, a sus grandes benefactores.

Bolívar, al morir, no sólo no tenía «la camisa del hombre feliz», en busca de la cual tantas veces, en todos los tiempos y naciones, inútilmente se ha recorrido el mundo, sino que real y verdaderamente, el 17 de diciembre de 1830, bajo el techo hospitalario de don Joaquín de Mier, Bolívar no tenía camisa, y la explicación y las pruebas de tan sorprendente realidad histórica nos la dan su mayordomo y camareros de confianza, su médico de cabecera y los que hicieron con él, a sus órdenes, y después escribieron, la historia de Colombia.

El General Joaquín Posada Gutiérrez, su compañero y leal amigo hasta más allá de la tumba, nos refiere en sus «Memorias» que Bolívar empleaba la mayor parte de su sueldo de Presidente de la República «en socorros a las viudas, auxilios a los militares y limosnas a los pobres vergonzantes: hasta su quinta, en las intermediaciones de Bogotá, la regaló a un amigo suyo: el último soldado que acudiese a él, recibía cuando menos un peso: espadas, caballos, hasta su ropa misma, todo lo daba. Para ponerse en marcha de Bogotá en 1830, vendió su vajilla de plata, que sólo produjo dos mil quinientos pesos, y sus alhajas, caballos y cuanto le quedaba hasta reunir diez y siete mil pesos. Bolívar gozaba con delicia del placer de dar, que es placer de Dios». (1)

En el año de 1812 la aduana de Curazao le embarga su equipaje en que llevaba todo lo que poseía entonces en dinero, alhajas y ropa de uso personal, y Bolívar no reclama ni se detiene en su marcha a Cartagena, donde llega como el paje de San Juan: «Ese rasgo, dice O'Leary, es característico de Bolívar. Nunca en el curso de su vida pública esquivó los sacrificios pecuniarios, aunque estuviera reducido a la más absoluta escasez». (2)

Otro día de 1816, en Jamaica, se le presenta un compatriota en extrema miseria y desnudez. Bolívar llama a su mayordomo y le dice: «Entréguele usted una de mis camisas». A lo cual el mayordomo contesta: «General, sólo existe la que Vuestra Excelencia lleva sobre el cuerpo». (3)

Al saber en 1821 que el gran ciudadano don Fernando de Peñalver, antes acaudalado terrateniente de Venezuela, se halla en la miseria, le escribe desde «Guanare», el 24 de mayo: «He sabido con mucho sentimiento que usted se halla en extrema pobreza, y como no tengo un maravedí de qué disponer, le envío a usted la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje, para que se lo entregue, lo venda y se socorra». Incluso iba esta orden para el criado: «Mi querido Dionisio: Entregue usted al señor Peñalver todo mi equipaje, y reciba todo lo que él devuelva; particularmente debe usted entregarle toda la plata labrada y cuantas alhajas tenga usted más».

Su fiel mayordomo José Palacios, quien lo acompañó hasta San Pedro Alejandrino, tenía razón de decir con amargura: «El equipaje de mi jefe y señor es también víctima de la guerra a muerte».

Todavía en 1829, un año antes de su muerte, cuando en prematura vejez veía acercarse su triste fin, escribía a su noble amigo el doctor Alamo: «Yo moriré como nací, desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer».

Podría hacer interminables las referencias, tomándolas de la correspondencia del héroe o de las memorias escritas por sus compañeros nacionales y extranjeros, entre otros Ducoudray-Holstein, Maillefer, etc., etc.

El 23 de julio de 1815 desembarcó en Santa Marta el General Morillo con el ejército pacificador, compuesto de ocho mil hombres.

«Morillo, refiere el historiador Restrepo, con el objeto de dar a los pueblos una alta idea de su ejército, le pasó revista en Santa Marta, y varias veces hizo ostentosas paradas. Repartió premios a los realistas que más se habían distinguido, y al Cacique de Mamatoco, aldea de indios distante un cuarto de hora de San Pedro Alejandrino, le puso él mismo en el pecho, en presencia de todo el Ejército, una medalla con el busto del Rey». (4)

José de la Concepción Núñez y Manigua, alias «Minca Aracataca», el último de los caciques de aquella sierra, aunque no era realista, se había resignado a la dominación española. Sus antepasados habían defendido sus tierras con bravura, y en todas partes había batido a los conquistadores. El cacique de Mamatoco, sin embargo, no simpatizaba con la causa realista, pero tampoco con la de la República, porque tanto la una como la otra lo desheredaban de sus derechos. Mas, como era naturalmente pacífico y algo civilizado, se consagró a acrecentar sus bienes sin pensar en reivindicaciones.

Morillo lo visitó en su pueblo; lo mimó mucho; le habló de Dios y del Rey, y, por último, le rogó concurrir a una cita para entregarle la condecoración. Llegado el día señalado, el cacique, una vez en Santa Marta, compró camisa, levita, chaleco y pantalones, arreglóse lo mejor que pudo, y se presentó al Pacificador. Mas, al recibir la medalla, se sintió humillado, y, temeroso de la censura de su tribu, no quiso volver a Mamatoco con insignias ni con vestidos distintos de los de su raza, y todo lo dejó en Santa Marta, en casa de su amigo don Faustino de Mier, donde años más tarde se veló el cadáver de Bolívar. Un criado del señor de Mier recogió las prendas desdeñadas y las guardó en un ropero de su amo (5).

El médico francés, doctor Próspero Révérend, que prestó sus servicios y acompañó al Libertador en su última enfermedad, refiere que: «Después de la autopsia y embalsamamiento del cadáver de Bolívar, el señor Manuel Ujueta, jefe político, me hizo presente que nadie en la casa era capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió a desempeñar esta triste función. Entre las diferentes prendas del vestido que trajeron, me presentaron una camisa que ya iba a ponerle, cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando la camisa, exclamé:

—Bolívar, aun cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra voy a mandar por una de las mías. Entonces fué cuando me trajeron una camisa del General Laurencio Silva, que vivía en la misma casa (6).

Silva, grande amigo de Bolívar, se hallaba anonadado, y a la noticia de que no había camisa para el Libertador, corrió a su pieza, tiró del cajón de un armario que allí había, buscó,

(1) Capella Toledo. *Leyendas*. Tomo III, pág. 23.

(2) A. P. Révérend. *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar, Libertador de Colombia y del Perú, por su médico de cabecera*. París 1866.

(1) Op. cit. Tomo I, p. 315.

(2) *Memorias*. T. XXVII, p. 82.

(1) A. Rojas. *Obras*, p. 542.

(2) *Historia de la Revolución de Colombia*. Tomo I, cap. X.